

**Proyecto:
mantenimiento mayor de la zona
arqueológica de Ixtlán del Río, Nayarit**

Jacinto Aguiar Anzaldo. Guardián del patrimonio arqueológico nayarita

Arqueólogo Raúl Barrera Rodríguez*



Expendio de carne de dromedario, aquí llamado camello. Bir Tiguisit, territorios liberados de la República Árabe Saharaui Democrática, RASD, abril de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.

La mañana del día 16 de octubre de 1988 acudí a las oficinas del entonces Departamento de Monumentos Prehispánicos del INAH, donde nos dimos cita el arqueólogo Enrique Méndez Martínez, un chofer de nombre Mauricio (cuyo apellido no recuerdo), y el que esto escribe, para trasladarnos en camioneta del mismo instituto hacia la población de Ixtlán del Río, Nayarit, para participar en los trabajos que en la zona arqueológica de aquel lugar estaban por iniciar bajo la coordinación del arqueólogo Raúl Martín Arana Álvarez.

Esa afortunada ocasión fue la que me brindó la oportunidad de conocer al señor Jacinto Aguiar Anzaldo, quien en aquella época fungía como custodio de la zona arqueológica. Pocos días pasaron para que me diera cuenta de su absoluta disposición al trabajo y de su definida convicción por preservar los monumentos arqueológicos de la época prehispánica.

El interés por el conocimiento de los grupos humanos del pasado en Mesoamérica, pero más influenciado por la necesidad de trabajar, hicieron que pronto emigrara hacia otras regiones geográficas de México. 15 años más tarde, como si se tratara de cumplir con un ciclo, la arqueología nuevamente me lleva a recorrer aquellas tierras

del Gran Nayar. Esta vez, aquel Jacinto Aguiar, hombre fuerte y trabajador de edad avanzada que conocí, ahora mostraba notablemente una mayor disminución de energía física que deja el inevitable paso de los años. Situación que contrasta notoriamente con su firme e inquebrantable carácter que lo ha caracterizado siempre. Así, 15 años después, le hice la invitación a participar en el Proyecto Arqueológico El Cajón, de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH, que entre el 2003 y 2006 se llevó a cabo en el Estado de Nayarit.

Con el sólo privilegio de volver a vivir experiencias arqueológicas como las ocurridas en aquella época, Jacinto Aguiar aceptó mi propuesta de trabajo. De esa manera, casi cuatro años de trabajo en la región conocida como El Cajón fueron suficientes para que este hombre, que sin ser arqueólogo, demostrara una vez más, su compromiso e interés por la preservación del patrimonio arqueológico e histórico de los nayaritas.

La historia de Jacinto Aguiar y su relación con la arqueología inicia a principios de 1961 cuando el arqueólogo Eduardo Contreras llega a Ixtlán del Río, Nayarit, para dar inicio a un proyecto de investigación y restauración de la zona arqueológica del mismo nombre. Pero antes de continuar con

* Dirección de Salvamento
Arqueológico-INAH
oztuma@yahoo.com.mx

la participación de don Jacinto (mejor conocido como “Chinto Aguiar”), en los trabajos a cargo de Eduardo Contreras, es pertinente comentar lo siguiente:

según nos relata, recuerda que aún siendo niño, por allá de 1945, había un destacamento de soldados que duró algún tiempo haciendo excavaciones que dieron como resultado la destrucción parcial del extremo norte del montículo circular que en 1947 fue explorado por el arqueólogo José Corona Núñez. Por aquella época el presidente municipal de Ixtlán, era el profesor Francisco Parra, quién después de evitar que los soldados continuaran destruyendo el edificio circular, encomendó cuidar el lugar al señor Elías Muro.

En esos años, hubo un intenso saqueo de piezas arqueológicas en la región. Don Elías, a pesar de ser el responsable de la vigilancia de los vestigios arqueológicos, tenía una cuadrilla de trabajadores que se dedicaban a saquear en los alrededores de Ixtlán. Por estar involucrado en esta ilícita actividad, fue tomado preso y retirado del trabajo. Para ese entonces, ya era presidente municipal don Ezequiel González, quién asigna ahora hacerse cargo de esta responsabilidad, a su primo Tomás González mejor conocido como “El Barbón”.

Este personaje que se distinguió porque siempre cargaba fajado al cinto un pistolón 44-40, estuvo a cargo de la zona arqueológica hasta la llegada del arqueólogo Eduardo Contreras en 1961. El primer día en que se presenta don Eduardo, al entrevistarse con Tomás González, le comenta que el siguiente día se trasladará a Guadalajara a comprar herramientas y que, al tercer día, esté pendiente de la llegada de un camión para

recibir los materiales necesarios para iniciar los trabajos de excavación.

Don Eduardo se traslada a Guadalajara en autobús y de ahí (después de comprar y enviar la herramienta a Ixtlán), continúa su viaje en tren a la Ciudad de México. A los pocos días regresa a Ixtlán y de inmediato le pregunta al vigilante Tomás González por la herramienta que envió; éste le contesta: *¿cuál herramienta? aquí no llegó nada...*

El arqueólogo habla por teléfono a Guadalajara para preguntar por la herramienta, ahí le dicen que al no encontrarse nadie en la zona arqueológica la dejaron en resguardo en la presidencia municipal. Después de todo esto, se inician los trabajos arqueológicos con un nutrido grupo de peones entre los que se encontraban el señor Simón Aguiar Carrillo y sus hijos Ramón y Jacinto Aguiar Anzaldo.

A don Tomás se le encarga recibir y entregar la herramienta a los trabajadores al inicio y al término de la jornada laboral del día, por el tiempo que durasen los trabajos. Únicamente por tres días asume esta responsabilidad. Después le informa a don Eduardo que

él sólo trabaja y recibe órdenes del presidente municipal Ezequiel González. Tal vez fue por el animalero de pulgas que había en la casa abandonada donde se estaba guardando la herramienta o porque era don Ezequiel el que le pagaba por cuidar la zona arqueológica y de paso el poco ganado que tenía, lo que hizo que el viejo Tomás se negara a colaborar con Contreras. Pero lo que no sabía don Tomás es que su salario (el que incluía el cuidado de las vacas) era asignado por el INAH a través del presidente municipal, quién se benefició y disfrutó por algún tiempo de la mayor parte de éste.

El resultado de no colaborar por parte del señor Tomás, hizo que don Eduardo le pidiera la renuncia. Y así fue, después de retirarlo, designa a un trabajador que según Jacinto Aguiar, se llamaba Martín pero que era más conocido con el apodo de “Martinillo”.

“Martinillo” estuvo trabajando como vigilante durante la temporada de campo, pero llegó el día en que era necesario que un trabajador quedara de custodia de manera permanente. Como “Martinillo” no sabía leer, don Eduardo decide dejar



Dromedario en la hamada, o la nada, región de Tinduf, Argelia, marzo de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.

a cargo de este puesto, al señor Simón Aguiar Carrillo padre de Jacinto Aguiar.

En 1966 don Eduardo nuevamente regresa a Ixtlán del Río para hacer otra temporada de campo. Al llegar, se entera que el gobernador de entonces Julián Gascón Mercado había publicado en un diario local la asignación de \$80,000.00 para la zona arqueológica. Don Eduardo traía recursos aportados por el INAH que ascendían a los \$60,000.00. Esta nueva noticia le brinda al arqueólogo la enorme oportunidad de hacer una buena temporada de trabajo.

De inmediato se traslada a Tepic a platicar con el gobernador quien le ofrece apoyar con los \$80,000.00 anunciados. Sin embargo, transcurrieron algo así como veinte días, cuando el gobernador llega a la zona arqueológica para comunicarle a don Eduardo que siempre no lo va a poder ayudar con recursos debido a que su gobierno se encontraba en números rojos. Algunos meses después, Gascón Mercado rinde su informe de actividades y en él menciona la aportación de los \$80,000.00. *¡Dinero que nunca llegó y que no fue empleado en los trabajos de la zona arqueológica!*

Precisamente fue en esta temporada cuando don Eduardo hace la invitación a Jacinto Aguiar para que se quede a trabajar como personal de planta en la zona arqueológica.

Habiendo aceptado la oferta,

Contreras le dice que de inmediato iba escribir a al INAH en México para hacer la propuesta y que posteriormente le informaría del resultado.

El 18 de agosto de 1966, se terminó la temporada del trabajo arqueológico. Ya para regresarse a la Ciudad de México, Contreras le pide al señor Jacinto que lo ayude a cargar el camión de volteo en el que llevaría las herramientas y los materiales arqueológicos. Así, a las 4 de la mañana del día 19 del mismo mes, se dio cita don Jacinto en la casa donde vivía Contreras en Ixtlán del Río. Para ello, a Contreras lo acompañó como chofer en esta temporada, un joven (en aquel tiempo) de nombre Rafael Coronado que lo apodaban "El Chino" y que era hijo de un custodio de la zona arqueológica de Tlatelolco. El camión, según Jacinto, traía en los costados de las portezuelas, unos escudotes que nomás de verlos hasta daban miedo y que decían: *Poder Ejecutivo Federal*.

A eso de la 7 de la mañana, terminaron de cargar el camión y posteriormente se fueron a la zona arqueológica a tomar las últimas fotos de la temporada. Antes de despedirse para irse a la Ciudad de México, le dijo a Jacinto que aún no le habían resuelto su asunto de la propuesta de trabajo, pero que tan pronto supiera algo, le enviaría una carta a Ixtlán. Y así fue, transcu-

rrió agosto, septiembre y en la primera quincena de octubre de ese año de 1966, llega una carta de Contreras para informarle que ya todo estaba arreglado.

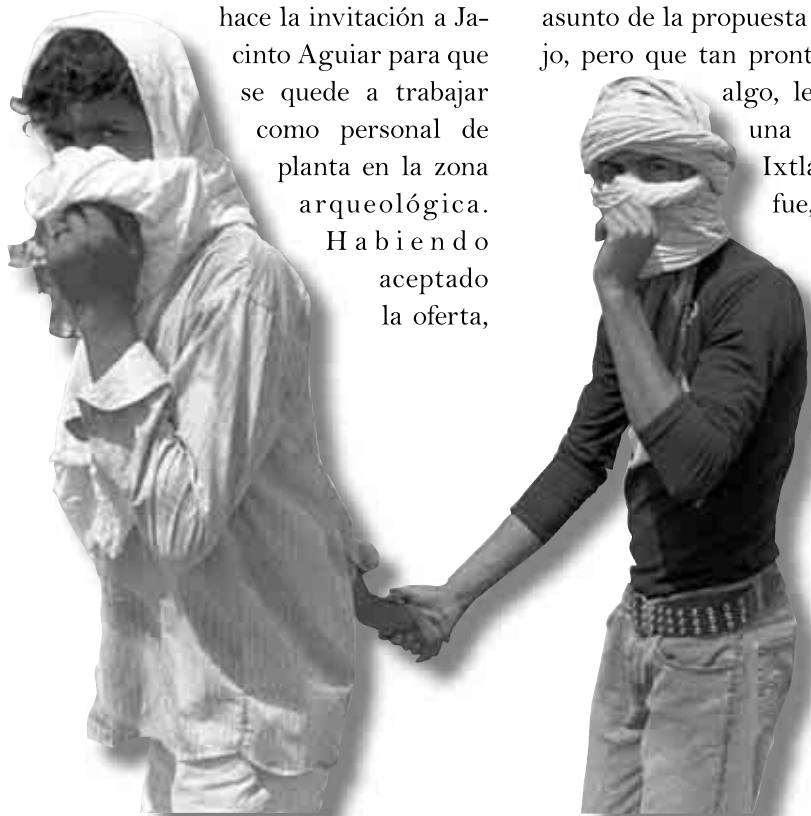
Ocho meses esperó Chinto con la ilusión que le enviaran su salario desde México. Desesperado, le escribe a Contreras y le dice que lo ayude porque ya pasó mucho tiempo y nada de nada y que ya no aguanta más. Dos meses después, le llega un oficio de la pagaduría regional de Tepic, para que pase a cobrar los más de 10 meses de trabajo que le adeudaban.

Al poco tiempo de estar ya como personal de base, un día llegó un funcionario del INAH a la zona arqueológica y le dijo a Jacinto: *oiga, ¿usted es el encargado de aquí?* Sí, le dijo Chinto; *quiero que me consiga al presidente municipal del pueblo, ¿cómo se llama?* JA: Guadalupe Sánchez; *me hace favor de llamarle y también al delegado del INAH en el Estado, ¿quién es?* JA: Jorge Hernández Moreno.

Dos horas más tarde, se reunieron todos en la zona arqueológica. Se pusieron los tres a platicar y desde arriba de uno de los monumentos, según Jacinto Aguiar,

"hicieron un paso a desnivel (para evitar la vía del tren), hicieron una caseta para atención al público, hicieron la entrada, hicieron unas cabañas, hicieron un montón de cosas, pero cada quién se repartió sus tareas. Cuando ya terminaron, les dije, qué bonito quedó ¿verdad? Se quedaron poniendo cuidado y dijeron ¿qué? El proyecto que hicieron, les digo, que bonito quedó todo, pero de lengua me como varios platos. Y cada uno, dijeron: lo que yo me comprometí sí lo voy hacer." JA: ¡pero la mera verdad es que jamás hicieron nada!

Dando una vuelta por la wilaya de El Aiun durante el III Festival Internacional de Cine del Sahara, región de Tinduf, Argelia, abril de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.



Pero no todo fue en vano, esto sirvió de pretexto para que Jacinto presionara al delegado del INAH en Nayarit, para que apoyara económicamente para la construcción de una caseta y una reja a la entrada de la zona arqueológica. En una de las tantas reuniones con Hernández Moreno, don Jacinto le recordó el compromiso que habían hecho anteriormente de hacer varias mejoras para la zona arqueológica:

“...acuérdesse que usted dijo que iba a hacer una caseta y que iba a hacer la puerta y que iba a hacer la entrada, se acuerda? JH: Si pero es que no tengo dinero, y aquellos no han hecho nada.

JA: bueno, usted cuando menos, es que llega el agua y onde resistemos nosotros el agua, le digo, ¿en el lomo? No la friegue, y luego, había veces que se venían unos fines de año, unas cabañuelas, llueve y llueve. Una vez, el primer año, que entré yo a trabajar, le dije: fíjese que el año fulano, me pasé 22 días debajo de ese árbol, llueve y llueve todo el día, parado. No, no la joda le dije. JH: yo te voy a dar aunque sea para una casetita. JA: y sí, él me dio para comprar material y yo la hice con mis propias manos y también los pilares con la reja de acceso a la zona arqueológica.”

Otra de las vivencias relevantes que Jacinto Aguiar tuvo que afrontar para proteger los vestigios de la zona arqueológica: un día llegó a la zona un señor que se llamaba Pablo Sánchez a avisar que iba a meter un tractor para trabajar en un área de terreno propiedad de un señor que le decían “El Güero Chéncho”. Le dice a don Jacinto que tenía autorización del gobernador en ese momento, Flores Curiel.

Por coincidencia, ese día, llegó a la zona el director del Centro Regional del INAH en Nayarit, Germán Guevara, y le



Wilaya de Smara, campamento de refugiados saharauis, región de Tinduf, Argelia, marzo de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.

informa el señor Jacinto lo acontecido. Al siguiente día, Guevara tenía reunión con el gobernador y le comenta que porqué había autorizado el acceso de un tractor para nivelar un terreno en el área con vestigios arqueológicos. Flores Curiel le dice que él no autorizó nada y ahí empieza la historia. El gobernador habla por teléfono al presidente municipal de Ixtlán, que en ese entonces era el profesor Marco Tulio y le instruye: “agárrame a fulano de tal y mételo a la cárcel, por hablador, yo no he dicho nada.” Agarran al señor y lo meten a la cárcel. Mandan traer a Chinto para que explique. El presidente municipal le dice:

“...oye que este señor dijo esto y esto; JA: sí; MT: pues tengo órdenes del gobernador de meterlo al bote y se lo voy a mandar a Tepic. JA: entonces el señor me dijo, oye ¿tan pronto fuiste con el mitote? JA: no, no es mitote, ¿no me dijiste? me dijiste y yo te pregunté que si el gobernador te había dado una tarjetita, aunque sea, que con eso te liberabas. MC: pues sí, pero no, yo nomás por decirte; JA: ah bueno, ahí están las consecuencias; entonces me dice Marco Tulio, de seguro lo voy a mandar;

JA: pobre hombre tiene familia, dile al gobernador que pues no es cierto, que es puro hablador. MT: no, pero yo tengo la orden de mandárselo allá; JA: mira háblale al gobernador y pásamelo, haber si yo lo convenzo de hombre a hombre; MT: le habla al gobernador; JA: entonces me pasa el teléfono y le empiezo a explicar, mire señor yo soy el encargado de la zona, este señor aquí lo tenemos, yo le dije que usted le hubiera dado una tarjetita; FC: Páseme mejor al presidente municipal; MT: Dígale al señor que por esta vez se la vamos perdonar, suéltelo, pero que si otro día, anda con su habladas, diciendo que yo dije, ese día si lo voy a meter al bote varios días. JA: el gobernador era recto, era militar, era caramba y entonces lo soltaron y el señor (Pablo Sánchez) me dijo: ya no me vuelvo a parar a la pinche zona, y así fue, ya nunca más regresó a la zona arqueológica”.

Poco tiempo después, cuando don Jacinto llega por la mañana a cumplir con sus labores del día, se percata de la presencia de huellas de rodada de una máquina pesada. Sigue las huellas hasta llegar al terreno donde

está la casa del señor que era conocido como el “Güero Chencho” y se encuentra con la novedad que ya habían arrasado un montículo grande de aproximadamente 7 ó 8 metros de altura.

Un vaquero de nombre Ramón que trabajaba para el “Güero Chencho”, le comenta a don Jacinto que su patrón fue el que dio la orden para que se destruyera el montículo. De inmediato, Jacinto Aguiar informa a las autoridades correspondientes del INAH. A los dos o tres días, recibe la visita del “Güero Chencho” para pedirle que lo ayude para que no vayan a proceder legalmente en su contra.

Al no conseguir el apoyo que esperaba, el “Güero Chencho”, se va a buscar a un señor de nombre Narciso que fungía como ministerio público federal en Ixtlán. Este señor lo apoya elaborando para ello, un documento en el que se pretendía desmentir lo dicho por Jacinto Aguiar.

Después de un año, un día por la mañana llega a la zona arqueológica un individuo en un automóvil LTD de esos clásicos de la época que más bien parecían verdaderos chalupones. Ese día había tres trabajadores; del automóvil descendió un cuate que de acuerdo con Chinto Aguiar, era alto y pelón con sombrero de gamuza que le daba un parecido al famoso Coyac el de las películas. Después de saludar, el visitante preguntó que quién era Jacinto Aguiar, y éste, le contesta: *—a la orden—. El individuo parecido a Coyac, le dice yo soy de la policía judicial federal y vengo por usted.*

El agente federal le recuerda a Jacinto Aguiar que hace algún tiempo él había hecho la denuncia de la destrucción de un montículo, pero que también traía una un oficio del ministerio público federal que decía todo lo contrario. Entonces comenta que lo mandan de México para

aclarar esta situación y que requiere ver también al “Güero Chencho” *“...porque uno de los dos va a tener que marchar”*. Después, en compañía de otros dos agentes que lo acompañaban, se trasladan a verificar el área donde se encontraba el montículo que fue destruido.

Una vez habiéndose percatado que si hubo afectación, se van a buscar al ministerio público federal de Ixtlán. Al entrevistarse, el policía judicial le muestra el oficio que anteriormente él había elaborado para desmentir a Jacinto Aguiar, y le pregunta: *¿usted mandó esto?*, el MP contesta: *sí*, el PJF pregunta: *cuánto le dieron y no me mienta, diga la verdad porque si no me lo voy a llevar*; el MP contesta: *a mí me dieron \$10,000.000.00* (de los de aquella época); PJF: *¿sabe que? Ahora le va a costar \$15,000.000.00 y usted me va a llevar ahorita con el que hizo la avería.*

Detienen al “Güero Chencho”, es remitido a la penal y los agentes se retiran con la mochada que le sacaron al ministerio público federal. Cerca de un año el “Güero Chencho” estuvo en la cárcel. Al poco tiempo de salir, el vaquero (Ramón) un día le dice de manera confidencial a Jacinto Aguiar, que su patrón tenía mucho coraje y que andaba buscando a alguien a quien pagarle para que lo borrarán del mapa. Entonces un día, don Jacinto decide afrontarlo personalmente y habiéndose aclarado las cosas, de ahí en adelante, se hicieron grandes amigos, en no pocas ocasiones, se echaron unas buenas cervezas juntos y nunca más hubo ningún problema.

Don Simón Aguiar, padre de Jacinto, deja de prestar sus servicios al INAH, en 1980. Don Chinto continúa por varios años trabajando sólo en la zona arqueológica, hasta que después de unos siete años, entran a laborar tres nuevos miembros que

son José Aguiar+, Martín Rivera y Crispín Meza.

Entre octubre y mayo de 1988-89, se realiza la excavación y restauración de dos conjuntos de plazas abiertas con sus respectivos edificios. En estos trabajos coordinados por Raúl Arana, participaron el arqueólogo Enrique Méndez Martínez, Sara Elia Rivera, Xóchitl Niño, Inés Carranza, Celia Cepeda, el antropólogo físico José Manuel Arias y un servidor Raúl Barrera.

Cabe señalar que al inicio de la temporada, la zona arqueológica se encontraba totalmente enmontada. Fue necesario, durante una semana, retirar con ayuda de trabajadores las hierbas y arbustos que a lo largo de varios años habían proliferado. El apoyo y entusiasmo de don Jacinto fue fundamental en el desarrollado de los trabajos.

En octubre de 1993 Jacinto Aguiar se jubila en el INAH. Su lugar y el de otros de sus compañeros que ahora ya no están, es ocupado por Rubén Aguiar, Diego Jara, Ramona Reyes y José M. Aguiar. Con el apoyo en las gestiones, primero por el antropólogo Raúl Andrés Méndez Lugo y después, por el antropólogo Rodolfo Coronado, actual director del Centro INAH, Nayarit, en el 2005 inició bajo la responsabilidad del que esto escribe, el proyecto de mantenimiento mayor de la zona arqueológica de Ixtlán del Río, mismo que concluyó sus actividades en el 2006.

Con varios años de haberse retirado del INAH y con 70 años de edad, Jacinto Aguiar, en esta nueva etapa de trabajos en la región de El Cajón y en la zona arqueológica de Ixtlán del Río, Nayarit, ha demostrado una vez más, a pesar de los años, sus virtudes que lo caracterizan de hombre trabajador, solidario y apasionado por la preservación del patrimonio arqueológico nayarita....